

(...) Un vago aire de sentir el arte  
envolvía su sensibilidad especial,  
fina,  
exquisita,  
color menta y canela.  
sus cabellos rubios  
cafan sueltos,  
desmelenados  
sobre sus hombros de caramelo  
y su espalda aterciopelada de pantera.

(El Espejo de la Belleza)

En segundo lugar, el deseo. La contemplación de la belleza despierta el instinto, las pasiones inhibidas. El deseo se desata y a partir de aquí se repite toda una obsesiva imaginaria carnal a la que llegan a veces con valor invertido nociones de la ideología cristiana. Son las nociones del pecado, de la lujuria, de la lascivia, de los placeres de la carne, en tanto que para el pensamiento cristiano tradicional el cuerpo y las pasiones son esencialmente malas, pero, por ello mismo, en su apariencia tentadoras y fascinantes. Recuperar las nociones de la moral cristiana para invertir su valor es una práctica que atraviesa el romanticismo, la poesía maldita, el modernismo, para desplegarse en múltiples formas en nuestro siglo. En cualquier caso, no es ésta la línea habitual en la poesía de Brotóns, siempre más proclive a reelaborar un paganizante mundo griego y a romper con la imagen del amor como elemento oscuro, visible por ejemplo en Lorca, sin que por ello consiga separarse del todo. En resumen, imágenes, comparaciones, adjetivos, que recuperan el hedonismo pagano del placer, que invierten la ética cristiana del pecado sensual, pero sobre todo imágenes de exaltación de la vida auténtica, la que se liga a la juventud y a la primavera, la que identifica naturaleza e instinto, la que se expresa en la violencia animal y en los fenómenos naturales desatados. Los cuerpos son labios insaciables, dientes, venas, brazos, sangre, ojos de fuego. Los deseos son cachorros de león, de leopardo, jaguares de mirada inquieta, yeguas amordazadas, potros jóvenes y salvajes, palomas ambrientas, enfurecidas, rebaños de caballos. Y correlativamente los deseos son también tormentas, olas de fiereza, cataratas, tempestades, lluvia torrencial, trombas de agua, volcanes, cenizas abrasadoras, etc. Y podríamos seguir. Recordar, por ejemplo, que el sol aparece como fuerte, viril, lleno de vida y de juventud arrebatadora. Señalar que esa liberación del instinto se corresponde con un lenguaje desbordado, incluso cuando el tema es el desencanto del deseo insatisfecho. De ahí provienen tantos epítetos sensoriales, tantas expresiones sinestésicas, tantas enumeraciones, bimetraciones y paralelismos sinonímicos, de ahí surge esa sintaxis sin solución de continuidad en la que los sintagmas se simplifican mediante sinuosas concatenaciones, en las que cada palabra, cada frase, puede matizarse hasta el infinito, generar otras muchas que a su vez se despliegan proyectiva y retrospectivamente. Pero no se trata aquí de realizar un inventario exhaustivo, sino de mostrar que el espacio temático y estilístico sólo cobra sentido en función del vitalismo erótico que atraviesa de parte a parte la poesía de Brotóns. Dejemos para otro momento un estudio detenido de las últimas cuestiones anotadas sobre el lenguaje. Nos conformaremos con presentar de ejemplo un poema de Reencuentro en el Sur en el que ya algunos de los rasgos señalados se manejan con contenida maestría y por ello lo hemos preferido a otros más ilustrativos. (6)